

CLAUSURA DEL CONGRESO

Lydia Jiménez González

Presidenta del Consejo Directivo de la Universidad Católica de Ávila

Queridos amigos:

Hemos llegado al punto final o, mejor, al punto y aparte de nuestro congreso.

No puede ser un punto final porque las vivencias de estos días tan hondas volveremos a pasarlas por el corazón para convertirlas en vida, seguiremos siendo discípulos.

Cuando les dirigí la palabra al iniciar las Sesiones del Congreso, nos fijamos en la invitación de Santa en las *Fundaciones* 15,5: «En este tiempo son menester amigos fuertes de Dios».

Y ahora podemos recopilar las enseñanzas de estos días y preguntarnos...
¿Cómo llegar a ser amigos fuertes de Dios...?

¿Cómo llegar a ser amigos fuertes de Dios? Se supone la gracia, como la que nuestra santa recibió ante la visión de Cristo llagado; pero esta gracia se suele dar a quien **le busca**, como Teresa, Agustín y tantos santos. **Lo nuestro: primero**, buscarle, desearle; **segundo**: amarle, y amarle en los hermanos, **tercero**: quitar los obstáculos, cortar con las ocasiones –desasimiento- y cuarto y principal: humildad, sin la cual no se da el desearle ni el amar ni el cortar ocasiones. Y, además, la Santa ha hecho resonar en nosotros una llamada fuerte a la interioridad, a la santidad de vida.

LLAMADA A LA INTERIORIDAD

«**El drama de la cultura actual es la falta de interioridad**», señaló san Juan Pablo II a los jóvenes en su última visita a España (mayo de 2003).

Ciertamente, vivimos alienados entre las cosas, pero no siempre logramos darnos cuenta cabal de ello; la mayoría nos damos cuenta a medias; algunos, nada. Santa Teresa y san Agustín se dieron cuenta cabal “tarde”, como vimos, hacia la mitad

de su vida. Uno no sabe que está alienado si no sabe lo que es estar “en sí”, si no escucha esa llamada que brota de dentro, llamada de Dios que solo se escucha en el silencio.

La llamada

Hagamos un ejercicio de introspección como hacían san Agustín y santa Teresa, ambos geniales psicólogos: **¿Qué escucho dentro de mí, qué hay en mi memoria? Deseos:** Tengo sed de ser, de ser yo y ser más, de ser feliz, de verdad, de amor, de felicidad, «de ser Dios», como el mismo Sartre percibió. Esos valores que deseo son llamadas que vienen de dentro hacia algo más allá de mí mismo. La sed reclama la fuente, que es, a la vez, interior y trascendente. Al sentirme, percibo una llamada que me obliga a entrar en mí, en mi corazón –corazón en sentido bíblico, mi yo más profundo–, y siento que esa voz no soy yo. Siento, como Pascal, que «el hombre supera infinitamente al hombre», que mi yo es más que yo. Me gustaría satisfacerme con éxitos y placeres, pero, pese a mí, me dejan vacío, como le dejaban a san Agustín y a santa Teresa. Ese vacío también es una llamada que viene de dentro: «entra dentro de ti... y trasciéndete a ti mismo», le decía la llamada a san Agustín, y a santa Teresa «que era todo nada y cómo acaba en breve». Ambos se determinaron a obedecer esa llamada, al “Maestro interior”, aunque las vanidades gritaran al santo: “¿nos dejas?» (Cf., *Confesiones*, VIII, 25) y Teresa sintiese descoyuntarse sus huesos. Ambos pasaron de una “guerra” a otra “guerra”, de pelear con uno mismo queriéndose hacer sordos a la llamada de Dios, a pelear en el ejército de Dios, contra el mal. «Mudóse la causa de la guerra, aunque no ha sido pequeña, -dice la santa- mas con estar, a lo que pienso, en servicio de Dios y con conocimiento de la vanidad del mundo, todo ha sido suave» (*Vida*, 8,3). Como no hemos de librarnos de batallar, es preferible lo segundo, y con seguridad de la victoria. Sigamos a esta capitana y doctora como guía en esta apasionante batalla y aventura del conocimiento propio que nos describe en *El castillo interior* o *Las Moradas*.

El castillo interior y el misterio del hombre

Comienza este libro con una bellísima imagen de lo que vamos a encontrar si nos disponemos a conocernos: el hombre es «como un castillo todo de diamante o muy

claro cristal... como el cielo donde hay muchas moradas»; «imagen y semejanza de Dios». Nos explicamos nuestros deseos de ser Dios, de que nos traten con dignidad: es la llamada lejana de nuestra sangre real. Lección de antropología al nihilista contemporáneo: Somos “morada” de Dios (Jn, 14,2) y Él nos llama a la unión. Sí, es suya la iniciativa, por una llamada que no fuerza la libertad. El drama, no menos misterioso, es que nos alejemos; que, siendo luz, seamos tiniebla y, siendo señores, seamos esclavos, que reneguemos de nosotros mismos. Ya está la batalla declarada. Nueva lección de antropología: el hombre ha pecado y ha de vivir ya siempre en continua lucha. Pero nada de la angustia luterana que encontramos, por ejemplo, en Kierkegaard, filósofo de la interioridad; el catolicismo teresiano exulta de esperanza en la plena conciencia del drama del pecado. El hombre puede volver en sí. ¿Cómo?

La puerta para entrar es la oración, el “trato de amistad”. Edith Stein se preguntaba: ¿Acaso los psicólogos y filósofos que estudiamos al hombre no seremos capaces de entrar dentro? Comprendió por qué no: la interioridad del hombre tiene algo de sagrado; conocerse de verdad es saberse persona amada por otra Persona, y esto se da solo en la oración. Uno entra en el castillo cuando pide perdón al Rey-Padre-Esposo por haberse escapado, y le pide ayuda para entrar. Solo desde la conciencia de criatura (humildad-verdad) uno empieza a conocerse: “socratismo teresiano” que añade a Sócrates el plus de la fe. ¿Y el que no cree? Todo hombre percibe la llamada a pedir perdón y ayuda, aunque no sepa a quién. «Quien busca la verdad busca a Dios, lo sepa o no», decía Edith Stein.

Santa Teresa estuvo ahí rondando en la primera morada durante los años de adolescencia y primera juventud:

Comencé a traer alas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser yo muy curiosa... (*Vida*, 2,2).

Algo parecido le pasaba a San Agustín, quizá más derramado en lo exterior:

Tú estabas dentro de mí y yo fuera. Y fuera te andaba buscando y, como un engendro de fealdad, me abalanzaba sobre la belleza de las criaturas. Tú estabas conmigo pero yo no estaba contigo. Me tenían prisionero lejos de ti aquellas cosas que si no existieran en ti serían algo inexistente (*Confesiones*, X, 38).

Prisioneros los dos de la vanidad, tentados por malas compañías, Dios comenzó a hacerse oír a través del disgusto de estas vanidades y a través de compañías buenas: «Vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acaba en breve» (*Vida*, 3,5).

San Agustín se decide a entrar en el castillo, santa Teresa a pasar a las siguientes moradas. Sigámosles, urge **alejarse de los peligros que acechan por las “adefueras”**, las bestias ponzoñosas (mundo, demonio y carne: apego a las cosas, honra...). **Las tres primeras moradas representan la vía ascética, guerrera, el esfuerzo humano por erradicar vicios y plantar virtudes.** El castillo de Teresa es un castillo guerrero, como las murallas de Ávila: «Todos los que militáis debajo de esta bandera, ya no durmáis, no durmáis, que no hay paz en la guerra» (*Poesía* XXIX). La mejor estrategia: **determinada determinación.**

Pues bien, ya estamos en la tercera morada. Conseguidas ciertas virtudes por esta ascesis, hay riesgo de acomodarse. Es nuestro mayor peligro, el aburguesamiento y mediocridad, ser como el joven rico del Evangelio. La santa, que, al igual que por las anteriores moradas ha pasado por ésta en sus veinte años de religiosa vacilante, yendo, como dice, «a paso de gallina», impele a emprender el vuelo del águila. Y como ve que sin pruebas no arrancamos, clama a Dios: **«Pruébanos, tú, Señor».** La llamada a interiorizar viene ahora del fracaso, humillación, sequedad. Así conocemos nuestra miseria y que solo en Él está la esperanza. **Humildad y obediencia son las puertas para entrar en la cuarta morada. ¡Bendito fracaso!**

Y así, tras la guerra, la victoria y el cambio de frente de batalla compaginado con intensa paz interior, la cuarta morada, donde entran los amigos fuertes de Dios, a los que Él comienza a regalar. En la santa recordamos que se produjo, tras un duro batallar consigo misma, con la visión del *Ecce Homo*; en san Agustín, que también había ya entendido “la vanidad del mundo” y luchado hartado, con aquel canto del niño en la escena del huerto: *tolle, lege.*

Estas conversiones decisivas, la del *Ecce Homo* en santa Teresa y la del huerto en san Agustín, comenzaron en ambos, como dijimos, con **intenso derramamiento de lágrimas de arrepentimiento.** Ya dijimos cómo «la **humildad** es la puerta para recibir de Dios grandes mercedes».

Recordamos cómo santa Teresa decía que el Señor se prodigaba con ella: notó que le nacían alas y que en su oración no era ya ella sola la que trabajaba por recogerse –cuánto le había costado- sino que Dios mismo le introducía en su presencia y, al dilatarle su corazón, le hacía correr por el camino de sus mandatos (Cf. *Salmo 118*). Recibe sus “gustos” como regalo sobrenatural, sintiéndose inundada como por una fuente que brota del interior, sin que ella tenga que esforzarse – «Después que vi la hermosura del Señor...»-. No es “embobamiento” ensimismado; el quietismo no va con esta mujer activa que repite sin cesar que **amar no está «en el gusto sino en desear contentar en todo a Dios» y «que nazcan siempre obras»** –siempre la humildad y caridad-. Se va preparando el contemplativo en la acción.

Quisiera, de nuevo, reparar en el interés que tiene hablar de todo esto para nosotros y que no es otro que el de nuestro deber, como peregrinos, de seguir a estos guías para llegar a nuestro interior, donde Dios habita –«*Deus intimior intimo meo*» (san Agustín)-, meta imposible si Dios no nos llevara, pero **hacia la cual tenemos la obligación moral de disponernos** –«**Da lo que mandas y manda lo que quieras**»-. Ciertamente no es para todos el camino de éxtasis y visiones que describe la santa, pero sí lo es conocer que Dios vive en nosotros y unirnos a Él. Esto es la santidad y a ella todos estamos llamados. El drama es que el hombre actual no sabe nada de esto, ni siquiera que vive fuera de sí. Y este es el **reto de la nueva evangelización**, que debe ser, primero, **humanización** («hombre, concéte a ti mismo»). «Necesitamos recuperar el valor del silencio» (*Misericordiae vultus*).

La morada cuarta es morada de transición entre la ascética y la mística; las tres últimas moradas pertenecen a la vida mística. Se inicia la unión con Dios que culminará en el matrimonio espiritual de la séptima morada. Pero siempre insiste en que **esta unión no consiste en sentimientos y gustos**, por más que los haya, e inefables, sino en la **conformidad con la voluntad de Dios**. Así se inicia la transformación en Él, que requiere morir al hombre viejo y nacer al nuevo, como muere el gusano para que nazca la mariposa (Cf. *Moradas V, 2*). Y, así como la mariposa siembra esperanza entre las flores, al fecundarlas, el hombre nuevo es apóstol de esperanza. –Cf. *Evangelii gaudium*-. Pero todavía no hemos llegado al fondo. Al hombre nuevo le espera la

maravilla de las maravillas: la unión con Dios, que empieza a prepararse ahora y terminará en la séptima morada con el matrimonio espiritual.

La morada sexta describe los doce años de su vida más difíciles: las fundaciones, la feroz oposición que tuvo, enfermedades y sufrimientos corporales y, sobre todo, la noche del espíritu, sequedad, desolación e incomprensión de sus directores espirituales. Paralelamente, es también la etapa de los **éxtasis** –porque: «Dame lo que mandas y pídemelo lo que quieras»-. **Conclusión: es necesario el crisol del sufrimiento** que purifica para unirse a Dios, para desearle más y más y, así, agrandar la capacidad del corazón, como solía decir Benedicto XVI siguiendo a san Agustín. Teresa habla de los deseos, “grandísimos”, como saetas disparadas desde el corazón que hieren de amor. Es ahora cuando tiene la gracia mística de la **transverberación** (recordemos el poema: «hirióme con una flecha enbolada de amor y mi alma quedó hecha una con su Criador»), habla de «tormentos sabrosos». Enamorada, borracha de Dios, le siente y le ve, sin poderlo dudar.

¿Alucinaciones de psicótica? Sensata y realista, ella misma se previene y previene a las almas “melancólicas”. Pero sus éxtasis tienen el sello de la autenticidad: son indelebles, llenos de majestad y soberanía, pues transforman el alma haciéndola humilde, caritativa, fuerte, llena de paz, lúcida mentalmente. Sobre todo tienen el sello eclesial: se ha sometido a la obediencia heroica de los superiores.

Pero, ¿qué puede aportar todo esto de los éxtasis al hombre pragmático de hoy? Precisamente por este pragmatismo insulso, el hombre de hoy tiene más sed de misterio, de maravilla, de asombro. La sexta morada deslumbra con experiencias inefables, muy elocuentes para el hombre de hoy, buscador de emociones y, por ello, de alucinógenos. Pero la Santa no ofrece alucinógenos sino verdades (la verdad de Dios y de sí misma, pecadora). No importa, también el hombre buscador de alucinógenos busca la verdad, pues, como decía san Agustín: «¿qué desea el hombre más que la verdad?».

Es muy sugerente Teresa en 2015. Ofrece **nuevas lecciones de antropología para el hombre postmoderno** que, aunque freudiano, corto en deseos auténticos, adormilado con el opio del bienestar o desmadrado en sus impulsos. **El hombre no ha sido hecho para reprimir sus deseos sino para realizarlos infinitamente, y esto es**

posible, es verdad: Teresa lo muestra. Pero hay que examinar los deseos, distinguiendo las alegrías auténticas de las falsas.

Sería bueno seguir la propuesta de Benedicto XVI (Audiencia semanal, 7-11-2012) de «**promover una especie de *Pedagogía del deseo***». No viene de más recordar sus palabras: esta *Pedagogía del deseo* comprendería dos aspectos, dice:

1º: «Aprender o re-aprender el gusto de las alegrías auténticas de la vida»:

No todas las satisfacciones producen en nosotros el mismo efecto: algunas dejan un rastro positivo, son capaces de pacificar el alma, nos hacen más activos y generosos. Otras, en cambio, tras la luz inicial, parecen decepcionar las expectativas que habían suscitado y entonces dejan a su paso amargura, insatisfacción o una sensación de vacío [...].

2º: «No conformarse nunca con lo que se ha alcanzado». Precisamente,

...las alegrías más verdaderas son capaces de liberar en nosotros la sana inquietud que lleva a ser más exigentes (...). Prenderemos así a tender hacia ese bien que no podemos construir o procurarnos con nuestras fuerzas, a no dejarnos desalentar por la fatiga o los obstáculos.

Esta actitud, dice, es propia de juventud de espíritu, dispuesto siempre a desear y exigirse más y más.

Las alegrías auténticas son costosas de adquirir pero profundas y duraderas; las falsas son inmediatas, fáciles, prometen y no dan, al final, sino vacío. Bueno es experimentar esto, señal de que ilumina la verdad de Dios. La humildad es la verdad.

Teresa ha aprendido a discernir las verdaderas alegrías y a no conformarse con lo alcanzado. No se quiere quedar ni en la sexta morada sino ir hasta el final. Por otra parte, no pierde de vista su bajeza, al contrario, es más humilde cuanto más penetra en su interior y descubre su belleza, pues es cuando más indigna se siente. Cristo, a través de su humanidad y su Pasión, le revela el misterio del mal y le empuja a redimirlo, unida a Él, dando la vida por los demás.

Así pues, Teresa –cada uno de nosotros, si queremos –, ardiendo en deseos, conocedor de sí, humilde, mostrando en el amor a los demás, con obras concretas, el amor a Dios –y solo así-, **entra en la séptima morada. Cesan los éxtasis; ya no los**

necesita. En lo “muy interior”, su “cielo empíreo”, vive en unión esponsal con Él, buscando su gloria y el bien de las almas.

Santa Teresa escribe todo esto –noviembre de 1577, con 63 años- en medio de una tempestad de persecuciones, pero nada de esto se percibe en su escrito; la paz más soberana le inunda, el amor a sus enemigos, a las almas, a Dios. **Realista, atenta a mil problemas y menudencias de los conventos, multiplicando las “obras”, goza con Dios.**

Esta es la **conclusión de las moradas:** el alma que entró, con tanto esfuerzo, en su «**más profundo centro**» (s. Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*), resulta que ahora tiene que salir «**a las periferias existenciales**». Sí, como salió el Esposo del seno del Padre, así quiere hacer la esposa, que ya no puede vivir sino con Él. Esta es la manera sublime de vivir en la séptima morada, en profundo silencio y saliendo hacia los alejados: «Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras» (*Moradas*, VII, 4,6).

Cerramos los ojos y, en silencio, contemplamos nuestro misterio, el de cada uno. En silencio, pues. **Nos emocionamos** a la vista de nuestro gran misterio interior; pero también **nos dolemos** al ver nuestra ignorancia y pereza, la de tantas almas que no quieren conocerse. La santa también se duele y reza por nosotros: «Dios mío, pues veis lo que nos importa, haced que quieran los cristianos buscar esta paz del alma”. Paz, fuerza y alegría como la suya, para **seguir trabajando por “allegar almas”,** perdidas en las “adefueras”.

Le hemos seguido, queremos no quedarnos en la medianía de la segunda o tercera morada sino penetrar en su gran misterio escondido en nuestra alma, que nos quiere dar a conocer porque nos ama, y ayudar a muchas almas a que lo conozcan.

Ojalá sea este un fruto sabroso y duradero del Congreso Interuniversitario “Santa Teresa de Jesús, Maestra de Vida”, que ahora clausuramos.

Gracias.